

organización internacional por Janus— la habilita como un instrumento revolucionario capaz y útil, mientras la Revolución se despliega como una posibilidad inmediata para el proletariado europeo, pero que se convierte en un cascarón vacío, del que la burguesía se desprende de un puntapié, tras la derrota de la Comuna de París y la consiguiente quiebra de tales ilusiones. La AIT sucumbe ante la alianza de dos ejércitos nacionales, un momento antes enfrentados entre sí, con la Comuna. La AIT que se disputan posteriormente «anarquistas» y «marxistas» no es ya más que un cadáver.

La segunda etapa comprende desde el fin de la anterior hasta el segundo asalto al poder del proletariado europeo (hasta 1905, prolongada hasta el 17, como dice Janus). Se caracteriza porque tras la derrota del movimiento revolucionario en París, la burguesía consigue IMPONER la forma nacional y con ella la separación entre lucha sindical y lucha parlamentaria, estrategia y táctica, objetivos inmediatos y objetivo final, que es asumida por la socialdemocracia y presentada como un logro por sus dirigentes. Para ello, éstos, se ven obligados a realizar una inversión de la teoría marxista de la revolución y considerar una clase obrera incapaz de trascender un nivel de conciencia sindical, por un lado, y por otro, una «ciencia socialista», encarnada en la socialdemocracia, que se desarrolla «paralelamente», pero que no deriva del enfrentamiento de aquella con la burguesía.

Agrupados en Partidos Socialistas nacionales, empeñados en las tareas particulares de cada nación, los «revolucionarios modernos» de los diferentes países no podían sino acabar enfrentándose entre sí y al movimiento revolucionario que, a pesar suyo, se desató. La II Internacional, mera federación de partidos nacionales, es la negación de la actividad internacionalista de la AIT.

Quizá la afirmación más polémica y, sin duda, más interesante del trabajo de Janus, sea la de que la **tercera etapa** (de 1920 a hoy, presidida por la sombra gigantesca de la III Internacional) no es, en rigor, más que una continuación de la segunda. La socialdemocracia rusa, cuando presionada por un proletariado que no quiere poner límites a sus avances, se enfrenta a la ortodoxia de la Internacional, no es capaz de jugar frente a ésta más que el mismo papel que ella había jugado cara al revisionismo bersteniano: el de defender un formalismo revolucionario que hacía ya tiempo que no tenía nada que ver con la práctica socialdemócrata, frente al intento de reconocer en la teoría lo que en la práctica sólo cuestionaba esa fracción de izquierdas, cuyo adalid fuera Rosa Luxemburgo. Esta incapacidad de ir más allá habría de ser pagada por el movimiento revolucionario tras la derrota del proletariado alemán, cuando lo que había considerado sus propias conquistas, acabaron volviéndose contra él.

Dado este repaso a la historia del problema, el colectivo Janus pasa a reconsiderar el problema de la organización hoy, teniendo en cuenta que las formas y los esquemas sobre los que se suele plantear tal cuestión, son sólo las impuestas por una determinada circunstancia histórica y que hoy incluso la forma «Partido» debe ser objeto de reconsideración. El mito del «leninismo», la agonía trostkista, la farándula stalinista, la «modernidad» del eurocomunismo, el epigonismo en general, son desnudados ante la Historia en las últimas páginas.

Con ello se mezclan especulaciones y afirmaciones que quieren hacer del capitalismo de nuestros días un gigante agonizante que se rompe la cabeza con su incapacidad de continuar un desarrollo de las fuerzas productivas que necesita para sobrevivir, que resultan, cuando menos, muy discutibles. Pero esto no son sino consideraciones marginales. O en cualquier caso, no restan

agudeza a la crítica que las precede.

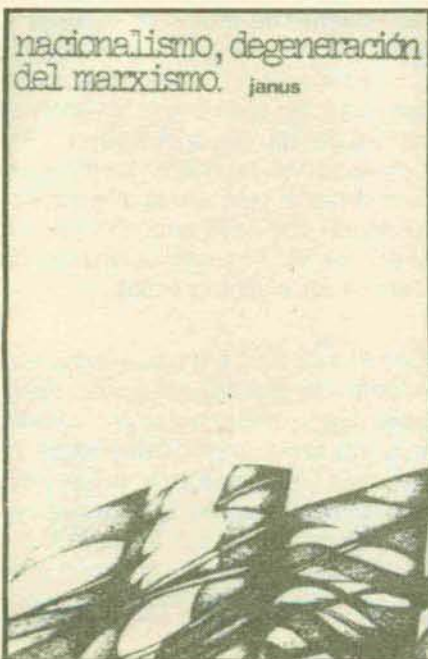
Así, lo que estaba en principio destinado a ser una **introducción** a un trabajo mucho más detallado sobre el problema de la organización en la socialdemocracia europea anterior a 1905, se convierte en un folleto, no de divulgación, porque no narra los hechos a que continuamente hace referencia y cuyo conocimiento por el lector presupone, pero sí útil para despertar un trabajo de investigación y reflexión sobre ideas y acontecimientos que han pasado a la mitología revolucionaria revestida de un ropaje mágico que las hace más encubridoras, más mistificadoras que útiles. ■ ALVARO PEREDA.

UNA CON- TRIBUCION A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Una entrega de «Las Ediciones de La Piqueta» (1) nos demuestra que la historia del pensamiento socialista —sobre todo ese atrayente período que transcurre desde la Revolución Francesa hasta la aparición de las primeras obras de Carlos Marx—, puede concitar, todavía, el interés de muchos estudiosos. El autor de este libro se propone, según declara, indagar cuatro momentos de la historia de las ideas socialistas, o «cuatro modelos ideológicos del socialismo moderno».

Puede advertirse ante la sola mención de los nombres —Babeuf, Saint-Simon, Luis Blac y Blanqui—, que estos escritores realizan propuestas de cambio social que, innegablemente, difieren bastante entre sí. Por otra parte, excepto Babeuf, condenado y ejecutado por el Directorio en 1797, todos los demás han desarrollado la mayor parte de su actividad en la primera mitad del siglo XIX. Estaban inmersos, por consi-

(1) Angel Cappelletti, *Etapas del pensamiento socialista*. Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1978.



guiente, en un proceso histórico que se caracterizó por la vigencia ideológica del liberalismo y la implantación de formas de vida propias de la nueva sociedad industrial. Lento y conflictivo proceso, ciertamente. Prolongación de los movimientos de ruptura con el Antiguo Régimen que se inician a fines del siglo XVIII, el romanticismo se mezclaba fuertemente con las ideologías produciendo, con frecuencia, deslumbrantes —y también opinables— análisis de la realidad.

La miseria popular, la opresión y el acercamiento de las libertades, señalaban el camino de la insurrección, articulada en un quehacer conspirativo que —desde las sociedades secretas hasta las discusiones de salón— condujo al combate en las barricadas. Hasta 1848, la terquedad del pensamiento señorial y el avance de las ideas liberales se enfrentaron una y otra vez. Y es indudable que los estallidos revolucionarios y los no siempre temporarios retornos de las casas reales, iluminaron las páginas más llamativas de la historia política del período. Existen entonces, muchos aspectos que configuran un repertorio de problemas y que alcanzarían para subrayar temas a debate en un examen más ambicioso de la significatividad alcanzada por estos primeros socialistas. Puntos de coincidencia —y también de ruptura— que permitirían elaborar un diagnóstico más afinado de ese mundo cambiante que nos reflejan los escritos del socialismo de comienzos del siglo XIX. Quedan éstos, sin embargo, a la espera de interpretaciones que ensayen liberarse del esquema, ya tradicional, que nos ofrece una exposición por autores.

No obstante, el libro supone un esfuerzo crítico y nos deja planteos rescatables que coronan las extensas lecturas del autor. Un examen bastante prolijo, por ejemplo, de las ideas de Babeuf, nos informa de sus estudios sobre la sociedad francesa del siglo XVIII, que le llevan a «la convicción de que todos los males residen en la desigualdad y en la propiedad privada». De allí a la conspiración revolucionaria para provocar el cambio, el trayecto era muy corto. Babeuf y sus seguidores lo recorrerán intentando aplicar sus planes de transformación social

hasta que se produce su encarcelamiento. Cappelletti sintetiza de esta forma las ideas del jefe de «los iguales»: 1) ellas representan el esfuerzo más radical por materializar y desformalizar el ideal igualitario de la revolución; 2) que a través de dicho esfuerzo se gesta la primera modalidad del socialismo moderno, vinculado al capitalismo mercantil y al incipiente capitalismo industrial; 3) que en ellas se pueden encontrar los precedentes inmediatos del blanquismo y los gérmenes remotos del marxismo-leninismo; 4) que, esto no obstante, también se pueden señalar en las ideas de Babeuf, y todavía más en las de Marechal, varios antecedentes del anarquismo moderno».

A la pluma de Saint-Simon se deben numerosos escritos; algunos de ellos en colaboración con sus secretarios: Auguste Thierry y Auguste Comte. Por lo que significaron para el pensamiento socialista, deben mencionarse el **Catecismo de los industriales**, así como **De la organización social** y **El nuevo cristianismo**. Toda la obra de este pensador conforma una visión de la sociedad y de la historia que procede de la fusión de racionalismo y humanismo. Rompe con la concepción del progreso lineal e indefinido propuesta por Condorcet, para esbozar, a su vez, una teoría del desarrollo social en estadios, idea que sería perfeccionada por Comte. Saint-Simon no alcanza a definir el concepto de clase social, como lo hará posteriormente Marx, pero percibe que el progreso histórico se realiza a través de contradicciones que se expresan en los conflictos existentes entre las diversas capas de la sociedad. Ferviente admirador de la civilización industrial, no distingue la oposición entre proletarios y burgueses, sino entre quienes trabajan y los que no lo hacen, entre laboriosos y ociosos. Preso, al fin, del tono liberal, un tanto romántico y anticlerical, que distinguió a las filas opositoras de la Restauración, buena parte de sus ataques se dirigen a la iglesia. Propone entonces un nuevo cristianismo, a partir del cual ofrece una alternativa a los espíritus progresistas. Su artículo de fe: «trabajar por la elevación física y moral de la clase más numerosa y más pobre». Con este cristianismo sin dogmas basado en la jerarquización intelectual, el

socialismo de Saint-Simon pretendía armarse de una coraza moral. Según Cappelletti, Louis Blanc: «En la historia de las ideas sociales representa el tránsito entre el socialismo utópico y el socialismo reformista y parlamentario». Aún estimando injusta la existencia de una sociedad dividida en clases, propicia la armonía entre estas últimas como solución. Su propósito final es llegar a la disolución de la burguesía en el seno de la clase obrera. Claro que semejante programa pedagógico-político, suponía demasiados consentimientos y, en definitiva, pecaba por su exagerado optimismo. Sin embargo, su planteo recoge, como un hecho verificable, la lucha de clases en la sociedad capitalista, así como la miseria originada por la existencia de la libre empresa llevada a sus últimas consecuencias. Intentará, no obstante, plasmar en realidad la idea de una república apoyada en la democracia social, pasando por el camino de la reforma.

Blanqui está situado en el extremo opuesto en la historia del socialismo. Revolucionario convencido, en lucha permanente, recoge de Babeuf sus ideas más radicales. Se opone al positivismo comtiano por estimarlo demasiado conservador, y a Saint-Simon por su admiración de la tecnocracia. Escribe: «El comunismo, que es la revolución misma, debe guardarse de los condicionamientos de la utopía y no escindir jamás de la política». Su concepción de la lucha de clases resulta clara, aunque no la define —como lo hará Marx— en el papel de motor de la historia. Partidario del pequeño grupo revolucionario y la dictadura popular, representa, en este plano, un antecedente de las ideas leninistas. Sus convicciones estuvieron siempre estrechamente vinculadas a la acción, de modo que se le encontró en casi todos los hechos revolucionarios de Francia en el siglo pasado.

Con el estudio de la vida y el pensamiento de Blanqui, el autor cierra este libro. Importante por cuanto subraya aspectos fundamentales de las ideas socialistas en la primera mitad del siglo pasado, la obra que comentamos profundiza en una etapa histórica de obligado conocimiento para la comprensión del mundo contemporáneo. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ.